

El día en que se paró el mundo

Lázaro Rodríguez Ariza



El 14 de marzo de 2020 se decretó el estado de alarma en España. Para nosotros se paró el mundo. Desde entonces nada ha sido igual. Todavía no podemos atisbar las consecuencias de todo tipo que la pandemia traerá a la humanidad, pero al menos deberíamos reflexionar sobre eso.

Sabíamos lo que había pasado y estaba pasando en Wuhan. Habíamos visto qué pasaba en China, aunque no lo quisiéramos ver. Incluso les mandábamos mascarillas... La falta de liderazgo a todos los niveles, mundial y nacional, ha sido evidente. Los políticos, enzarzados en sus cuitas cortoplacistas, los primeros que no lo quisieron ver. Pareciera que fuéramos los más fuertes, un país de “*Champion*”, que en estas latitudes el coronavirus no atacaría con tanta virulencia, siendo uno más de tantos virus y, en el peor de los casos, sólo algo más que una simple gripe normal, que sólo afectaría a los ya “perjudicados”. El calor lo pararía. Unos días con tos y nada, a seguir con lo nuestro. La

mejor sanidad del mundo y todo controlado. Preparados para todo. Vamos a seguir con la contención. Estamos realizando la trazabilidad de los casos que hay. Todo está controlado. No se preocupen ustedes, sigan a lo suyo, que ni el futbol ni las fiestas se pararán. Se suspendió el *Mobile World Congress Barcelona 2019* por la mala cabeza de las empresas participantes, pero otras en el mundo sí que se celebraban. ¡Qué exageración! España es diferente. Y no porque no hubiera casos y muertos en esas fechas, que ya los había en febrero. Pero la estrategia del avestruz se impuso.

Hasta entonces no nos percatamos de la gravedad de la situación. Pudiera ser un consuelo pensar en que todavía, en el mundo, hay hasta presidentes de grandes potencias que no la huelen o no les interesa hacerlo. Hasta ese día todo fueron concentraciones masivas; el metro, los autobuses totalmente llenos, se celebraban eventos multitudinarios, todo el mundo junto, abrazos, besos, manifestaciones, congresos, encuentros, jornadas... Preparábamos fallas y procesiones, sanfermines y vacaciones. Con la llegada de la primavera, bares y terrazas a rebosar, bebiendo y comiendo codo con codo. Tertulias y amigos.

Y de repente, el mundo se paró. Todo se silenció. Nadie en la calle. Sin niños que griten en los parques. Sin abuelos que tomen el sol en los bancos. La policía no deja circular ni a ciclistas ni a *runners*, menos a coches que salen de fin de semana. El cambio climático pasó a segundo plano. De hecho, la contaminación en China desapareció, la transparencia volvió a las aguas de Venecia y la boina de contaminación sobre Madrid se difuminó entre el mar de aplausos que el reconocimiento al esfuerzo de los sanitarios provocan cada día a las ocho de la tarde. Surgen canciones que tocan el alma dedicadas a esos héroes sin capa que nos salvan de la epi-



demia. El virus no entiende de dinero ni de clases sociales. Reyes y políticos también enferman.

Y es que las crisis sacan lo mejor y lo peor de la humanidad. Increíble la conducta de todas las personas que en estos días de encierro están dando todo lo mejor, incluso exponiendo su propia vida. Los sanitarios, las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, los bomberos, farmacéuticos, los profesionales del transporte, todas las personas que trabajan para abastecer los mercados, los agricultores, los pescadores, los que reponen las estanterías de los supermercados para que podamos comer y se exponen a lo que los demás no lo hacemos encerrados en nuestras casas. Tenemos la capacidad de ver el lado positivo del COVID-19. Por muy difícil que sea, es posible. Por ejemplo, que están cambiando las relaciones en nuestras familias. Tenemos tiempo para dedicar a nuestros hijos y a nuestros mayores.

Pero en mi mente también queda clara la frustración y la miseria que nos rodea. La huida de Madrid, con aquellas calles apenas transitadas por gentes con maletas. La lucha en el supermercado para llenar carritos con productos de higiene o paquetes de garbanzos. Los cientos de rostros interrumpidos con tapabocas de todas clases y colores. Los cientos de manos cubiertas de guantes y plásticos, las que antes acariaban y ahora se alejan del contacto; o de aquellas desnudas que buscan ofrecimientos de geles y alcohol para marcar distancia de un virus que nadie sabe ahora cómo eliminar. Lo insólito de la situación, lo siniestro de las cifras de muertos y afectados, el desamparo de aquellos que enferman o, peor, que ven cómo sus seres queridos son recluidos en hospitales atestados, sin el consuelo de los suyos, y quizás para terminar en un ahora siniestro Palacio de Hielo reconvertido en morgue de cuerpos infectados. La clamorosa falta de medios



en nuestra, hasta hace poco, lustrosa sanidad, ahora con trajes hechos de bolsas de basura y mascarillas de juguete. Todo ello me llena de alarma y desamparo.

Pero también me hace pensar que, más allá de nuestras necesidades individuales, existen personas sin techo y que en situación muy precaria deben asumir las exigencias de una cuarentena; en la situación de aquellos países, la mayoría, sin verdaderos sistemas sanitarios ni auténticas prestaciones sociales. Día que no se trabaja, día que no se cobra. Si te enfermas, paga médicos y medicinas. Quizás eso explique el mirar para otro lado de los mal llamados dirigentes de esas sociedades.

No quiero que la realidad que nos asalta me asuste de forma paranoica. La pandemia tiene sus formas agresivas de expansión desde y hasta la emergencia. Con cabeza y experiencia procuro desviar mis urgencias y dejar que mis ojos y emociones cartografíen el laberinto caótico que nos envuelve. No quiero pensar que todo esto sea el resultado de un experimento mal diseñado y con riesgos poco calculados sobre cómo afecta la introducción de una proteína procedente de murciélagos en un virus... Una quimera, un organismo modificado, muy poco probable que se transmita a las personas. Y la humanidad como cobaya.

Desde la tranquilidad de casa pienso si realmente entendemos las consecuencias económicas, políticas y sociales de la pandemia por el coronavirus. Todo indica que no. Me sorprende imaginar que haya mentes que asumen sin reflexión nuestro presente nacional e internacional, como si lo que estuviese pasando en las calles, en los almacenes, en los hospitales, en las sedes del gobierno y en las terminales terrestres y aéreas, no justificara al menos una intermitencia en el desarrollo y planificación de todo tipo de actividades.



Probablemente, las consecuencias económicas que tendrá esta crisis serán de las más graves que han sucedido. Caerán muchas empresas, aumentará el paro hasta cifras impredecibles, tardaremos en recuperarnos. Hemos aprendido rapidísimamente el quédate en casa, por ti y por los demás, y trabaja de forma telemática. Todos pensamos que la salida del confinamiento y la recuperación de la vida normal, si es que alguna vez vuelve a ser como la conocíamos, se aplazarán en el tiempo. Al menos hasta que alguna vacuna sea efectiva. Esto nos debería conducir a valorar la investigación y los científicos, incluso por encima de los futbolistas, pero lo dudo.

Creo que la humanidad se enfrenta a un dilema que la marcará para las próximas décadas. O todos salimos juntos de esta, asumiendo que solo tenemos un planeta y que todos estamos en él, que el barco navega o se hunde entero y no por partes, o cada uno nos encerramos en nuestras casas, cada país intenta ser autosuficiente y que cada cual se las ventile como pueda. Una broma me hace reír y, a la vez, pensar: “México urge a Trump a que levante de una vez la valla”. Caprichos del destino. Demasiado fácil convertirse en apesadado como para despreciar a los que ahora lo están. Por favor, que alguien de altura coja las riendas del mundo y nos aleje de fascismos y nacionalismos, de las vallas. Que nos devuelva a los espacios de libertad donde ideas y personas fluyan, donde la humanidad crezca desde el respeto a nuestro planeta y a la corresponsabilidad. O todos flotamos o todos nos iremos a pique. Cuando el pensamiento es poderoso, se entiende en todas las lenguas. Ondeemos banderas de justicia y libertad, de bondad y cultura, de filantropía y sensibilidad. Seamos decentes. Seamos amor.